



CAPÍTULO VI

Esfuerzos de los girondinos para detener la Revolución

MIENTRAS se trató de derribar el régimen de la vieja monarquía absoluta; los girondinos formaron en primera fila. Siendo fogosos, intrépidos, poetas; imbuidos de admiración por las repúblicas de la antigüedad; ávidos de poder al mismo tiempo, ¿cómo habían de acomodarse al antiguo régimen?

Así, en tanto que los campesinos quemaban los castillos y los cuadernos de censos y tributos; mientras el pueblo demolía los restos y supervivencias de la servidumbre feudal, los girondinos se preocupaban sobre todo de establecer las nuevas formas políticas del gobierno; veíanse ya llegando al poder, dueños de los destinos de Francia, lanzando ejércitos para llevar la Libertad al mundo entero.

¿Del pan del pueblo? ni pensarlo. No conocían la fuerza de resistencia del antiguo régimen, y, por lo mismo, no se les ocurrió la idea de recurrir al pueblo para vencerla. El pueblo debe pagar los impuestos, hacer las elecciones, suministrar soldados al Estado; pero en lo tocante a hacer y deshacer las formas políticas de gobierno, sólo debe ser obra de los pensadores, de los gobernantes, de los hombres de Estado.



LA FIESTA DE LA DIOSA RAZÓN

(De una estampa de la época)

Cuando el rey pidió ayuda a los alemanes y éstos se dirigían a París, los girondinos, que habían querido la guerra para desembarazarse de la corte, se negaron a recurrir al pueblo insurreccionado para rechazar la invasión y arrojar a los traidores de las Tullerías. Aun después del 10 de agosto, tan odiosa les pareció la idea de rechazar al extranjero por la Revolución, que Roland convocó a los personajes — Danton, etc. —, para comunicarles *su* plan. Ese plan consistía en transportar la Asamblea y el rey preso primeramente a Blois, después al Mediodía, entregando así libremente todo el Norte a la invasión y constituyendo una pequeña república en cualquier parte en la Gironda.

Eran unos burócratas para quienes era despreciable el pueblo y no podían reconocer el impulso revolucionario popular que salvó a Francia.

En general, los girondinos fueron los fieles representantes de la burguesía.

A medida que el pueblo se enardecía, y, reclamando el impuesto sobre los ricos y la igualación de las fortunas, pedía la *igualdad* como



ALEGORÍA CONSTITUCIONAL

CONSTITUCIÓN FRANCESA

fundada por la prudencia, sobre las bases inmutables de los derechos del hombre y de los deberes del ciudadano

condición absolutamente necesaria de la *libertad*, la burguesía pensaba que era tiempo de separarse resueltamente del pueblo, de reducirle «al orden».

Los girondinos siguieron esa corriente.

Úllegados al poder, esos revolucionarios burgueses, que hasta entonces se habían entregado a la Revolución, se separaron del pueblo. El esfuerzo del pueblo tratando de constituir sus órganos polí-

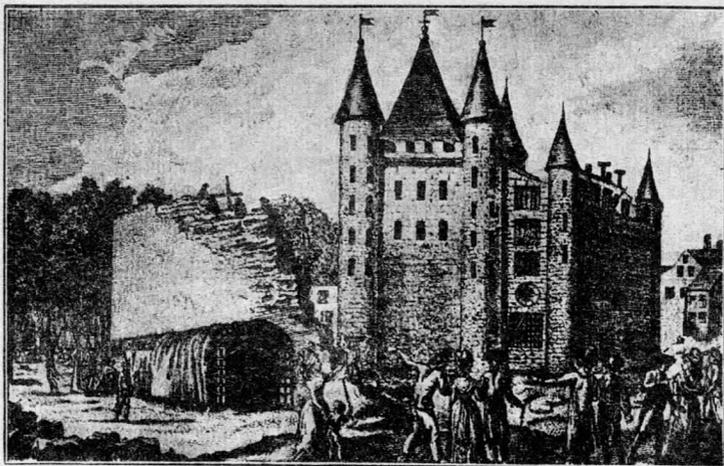
ticos en las secciones de París y en las sociedades populares de toda Francia, su deseo de marchar adelante en la vía de la Igualdad fueron en su concepto un crimen y un peligro para toda la clase propietaria.



EMBLEMA REALISTA

Desde entonces los girondinos resolvieron detener la Revolución, estableciendo un gobierno fuerte y reduciendo al pueblo hasta por la guillotina si era preciso.

Para comprender el gran drama de la Revolución que llegó a la insurrección de París y a la «depuración» de la Convención, se han de leer los escritos de los girondinos, y entre ellos los folletos de Brissot: *J.-P. Brissot a sus*



EL TEMPLE

Hay gentes que contemplan con espanto aquellas torres donde se hallan encerrados Luis XVI y su familia

(De una estampa de la época)

comitentes (23 mayo de 1793), y *A todos los republicanos de Francia* (24 de octubre de 1792), son especialmente instructivos.

«Al llegar a la Convención, dice Brissot, creí que, puesto que la

monarquía estaba destruída, puesto que todos los poderes estaban en manos del pueblo, o de sus representantes, los patriotas debían cambiar su marcha después del cambio de su posición.»

« Creí que el movimiento insurreccional debía cesar, porque no habiendo ya tiranía que destruir, no debía haber fuerza en insurrección.» (J.-P. Brissot a sus comitentes, p. 7.)

« Creí, dice después Brissot, que únicamente el orden podía procurar esa calma; que el orden consistía en un respeto religioso a las leyes, a los magistrados, a la seguridad individual... Creí, en consecuencia, que el orden era también una verdadera medida revolucionaria... Creí, pues, que los verdaderos enemigos del pueblo y de la república eran los anarquistas, los predicadores de la ley agraria, los excitadores a la sedición.» (Págs. 8 y 9 del mismo folleto.)

Veinte anarquistas, decía Brissot, usurparon en la Convención una influencia que sólo a la razón pertenece. «Seguid los debates, y en ellos veréis, de un lado unos hombres constantemente ocupados en hacer respetar las leyes, las autoridades consti-



LA REPÚBLICA ARMADA

tuídas, las propiedades; y en el lado opuesto unos hombres que sólo se ocupan en agitar al pueblo, en desacreditar por la calumnia a las autoridades, en proteger la impunidad del crimen y en relajar todos los lazos de la sociedad.» (Pág. 13.)

Verdad es que los que Brissot llamaba «anarquistas» eran elementos muy variados; pero todos tenían este rasgo común: no creer terminada la Revolución y obrar en consecuencia.



BRISSET DE WARVILLE

Sabían que la Convención no haría nada sin verse obligada por el pueblo, y por esta razón organizaban el levantamiento popular. En París proclamaban el Municipio soberano, y procuraban establecer la unidad nacional, no por efecto de un gobierno central, sino por relaciones directas establecidas entre la municipalidad y las secciones de París y los 36.000 municipios de Francia.

He ahí precisamente lo que no podían aceptar los girondinos.

«He anunciado, dice Brissot, desde el principio de la Convención, que existe en Francia un

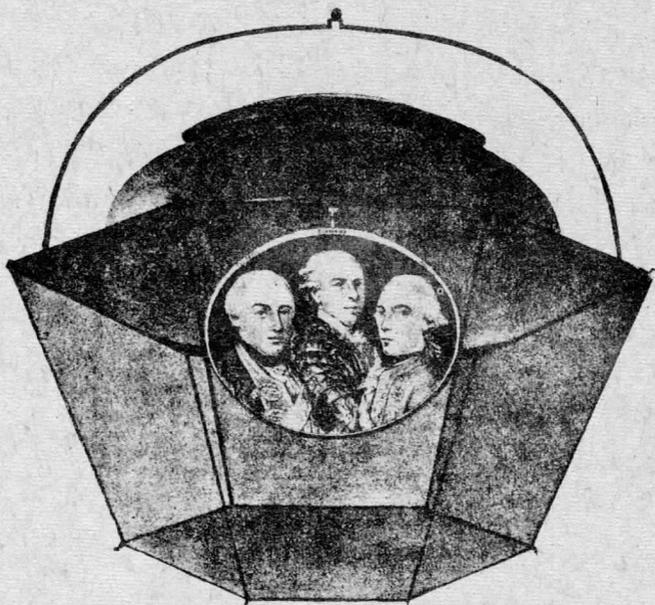
partido de desorganizadores, que tiende a disolver la República desde su cuna... Vengo a probar hoy: 1.º, que ese partido de anarquistas ha dominado y domina casi todas las deliberaciones de la Convención y las operaciones del Consejo ejecutivo; 2.º, que ese partido ha sido y es todavía la única causa de todos los males, tanto interiores como exteriores, que afligen a Francia; 3.º, que no puede salvarse la República sino tomando una medida rigurosa para arrancar los representantes de la nación al despotismo de esa facción».

Para quien conoce el carácter de la época, ese lenguaje es bastante claro: Brissot pedía sencillamente la guillotina para los que llamaba

los anarquistas, para los que, queriendo continuar la Revolución y terminar la abolición del orden feudal, impedían a los burgueses, y especialmente a los girondinos, hacer su cocina burguesa en la Convención.

«Es preciso definir bien esa anarquía», decía el representante girondino, y he aquí su definición:

«Leyes sin ejecución, autoridades débiles y envilecidas, el crimen



EL TRÍO GUEUSAT — FEDERICO, LEOPOLDO Y BRUNSWICK, A LA LINTERNA

impune, *las probedades atacadas*, la seguridad individual atropellada, la moral del pueblo corrompida; ni constitución, ni gobierno, ni justicia; ¡he ahí los rasgos de la anarquía.»

Pero precisamente así se hacen las revoluciones. Bien lo sabía Brissot y eso mismo había practicado antes de llegar al poder. Durante tres años, desde mayo de 1789 hasta el 10 de agosto de 1792 fué necesario envilecer la autoridad del rey y hacer de ella una «autoridad débil» a fin de poder derribarle el 10 de agosto.

Sólo que Brissot quería que, llegada a este punto, la Revolución cesara el mismo día.

En cuanto la monarquía fué derribada y la Convención se constituyó en poder supremo, «todo movimiento insurreccional, dice, debió cesar».

Lo que sobre todo repugnaba a los girondinos era la tendencia de la Revolución a la igualdad, la tendencia que dominaba en la Revolución en aquella época, como lo demuestra perfectamente M. Faguet (1). Brissot no pudo perdonar al club de los Jacobinos el haber tomado el nombre, no de Amigos de la República, sino «el de Amigos de la Libertad y de la Igualdad, ¡de la igualdad sobre todo!» Y no pudo perdonar «a los anarquistas» el haber inspirado las peticiones «de aquellos obreros del campo de París, que se intitulan la *nación*, y que querían fijar su paga sobre la de los diputados» (Pág. 29).

«Los desorganizadores, dice en otro lugar, son los que lo quieren nivelar todo las propiedades, el bienestar, el precio de los artículos de consumo, *de los servicios prestados a la sociedad*, etc.; que quieren que el obrero del campo reciba la paga del legislador; que quieren nivelar hasta los talentos, los conocimientos, las virtudes, porque carecen de todo ello.» (*Eolleteo del 24 de octubre de 1912.*)

(1) *L'Œuvre sociale de la Révolution française*, recopilación, con introducción, por Emillo Faguet. París, 1900 (sin fecha).

